



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9609

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 11 DE NOVIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobre.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Hercas de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Ingertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, les-piches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Carretillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para transportar frutas.—Wagencitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

DE LO QUE ES CAPAZ UN COBARDE (Colaboración inédita)

I.

La broma pudo salirnos un poco cara.

Pepe Zayas era el blanco constante de nuestras burlas.

El que fuera el mejor muchacho del mundo no era obstáculo para que su exceso de prudencia en todas ocasiones, nos provocara á todos sus amigos á reírnos á mandíbula batiente del pavor que el más ligero asomo de peligro descomponía sus facciones.

Y sin embargo rabiaba por ir á todas partes con nosotros, que buscando siempre solaz y esparcimiento, dedicábamos cuanto tiempo nos dejaban libres las que hoy llamamos *juergas* y entonces conocíamos por *zambras* en las más acreditadas tiendas de Montañeses de Sevilla, ora á un acose de rosas bravas en Tablada, ora á excursiones y cacerías que se extendían no menos á las «veces» que á las Serranías de Córdoba ó de Ronda.

Entonces si que era de ver los apuros de Pepe Zaya. Bastaba que á un bromista un poco jacarandoso —lo de guason era también desconocido,—se le antojase decir que un toro se había salido de la pizarra ó que había visto un javato revolverse entre unos jarales, para que á nuestro amigo, pálido como un difunto le faltase poco para dar señales de su miedo, de modo análogo á como las dió Sancho del suyo en la aventura de los batanes.

Y no quiero decir nada, cuando en un mesón ó en una venta en que teníamos por necesidad que alternar con contrabandistas, arrieros y otras gentes maleantes, se bosquejaba unas veces de veras y otras fingida por nosotros una pendencia, de esas que el tecnicismo moderno califica de *bronzas*.

Al primer asomo de *rebujina*, Pepe, sino había tenido tiempo para tomar asilo en el rincón más oscuro de la cuadra ó en el más retirado de los camaranchones, ya estaba



metido debajo de una mesa, parecido por el temblor que agitaba sus miembros, más que persona humana, perro chino.

Y lo raro era, que apenas pasado el chubasco, más empeño ponía en no confesar la *medrana* que había pasado, que San Pedro en negar á su maestro.

De tal manera se ponía cuando después hacíamos alusión á su pavor, que de no haberle conocido, más de una vez habríamos tenido, quedando al olvido su amistad, la emprendiese con nosotros y acabase en sangrientas veras lo que las más de las veces no había sido otra cosa que regocijada burla.

Y lo que más gracia nos hacía era el ver con la formalidad con que terminaba siempre añadiendo:

—El día que la ocasión se presente, vais á ver que ninguno de vosotros es capaz de hacer lo que yo.

II.

Por aquellos días la comarca estaba aterrorizada.

Aquellas aventuras de bandoleros, que en estos tiempos nos parecen consejas abultadas por la imaginación popular, eran de tal realismo, que arrestos y no pocos se necesitaban para ponerse en camino por los sitios en que se decía que andaba alguna de las no pocas partidas, que con una audacia inconcebible desvalijaban en pleno día á los viajeros que más seguros se creían.

Nosotros teníamos dispuesta una excursión á la feria de no sé que pueblo de la provincia de Granada, para llegar al cual había forzosamente que atravesar no pocas leguas de un terreno fragoso y quebrado; y solo el amor propio nos hizo no obedecer á las reiteradas instancias de las muchas personas que nos advertían lo peligroso de tan loco viaje.

Precisamente aquel era el campo de operaciones de uno de los bandoleros que más fama había adquirido por sus osadías y maldades y el cual á pesar de tener pregonada la cabeza y de andar sobre sus huellas no pocos destacamentos de tropa hacia todos los días y á todas horas alarde de guapeza, presentándonos ora disfrazado ora sin disfrazar, en los lugares en que más arreciaba la persecución.

Para ello contaba, á más de su valor, con la protección que unas veces debida al miedo de sus venganzas, otras á su generosa liberalidad, se le dispensaba en todos los lugares, cortijos y caseríos, donde nunca faltaba gente que lejos de entregarle á sus perseguidores, le diese oportuno soplo ó le hiciese capa para que se pusiera á salvo.

Como digo, á pesar de saber to-

das estas cosas persistimos en la idea del viaje.



Pepe Zayas después de pensarlo un poco se decidió á ser de la partida, y los cinco individuos que la componíamos salimos de Sevilla bien montados, no del todo mal armados y mejor provistos los cintos de buenas onzas de oro proponiéndonos hacer en cuatro ó cinco jornadas el camino que debíamos recorrer.

III.

La mitad de él le hicimos sin contratiempo, ni peripecia alguna, y esto unido á los buenos tragos de un excelente Montilla y de una no peor manzanilla de San Lucar de que llevábamos bien repletas las botas, nos hizo perder el poquillo de *receja* con que salimos, recordando por completo el humor bromista que nos distinguía.

En esta situación nos vimos precisados, al segundo día de marcha, á hacer noche en una especie de mesón, parador ó venta que en su ejemplo se ofreció á nuestra vista; y aunque su aspecto no era por demás atractivo, tal era la gana que de descansar llevábamos, que en poco estuvo que como á D. Quijote aquella del camino de Montiel, no se nos antojara este suntuoso castillo con su profunda cava y sus torres de bronce y plata.

Y como de tal hubiéramos aceptado las medianas comodidades que nos ofrecía, si un incidente inesperado, no nos hubiera á poco de entrados en la venta, forzado á arrepentirnos del mal acuerdo de habernos detenido en ella.

Es el caso que cuando estábamos sentados en la cocina haciendo el encargo de la cena, de medio á medio nos quitó el apetito la entrada en el local de un hombre que ai-



rosamente vestido á lo macareno, atado á la cabeza un pañuelo de seda de colores chillones, que ocultaba en parte el sombrero de catite y echada al hombro una rica manta jerezana por debajo de la cual asomaba la bocacha de un trabuco, que por lo reluciente de fina plata parecía hecho, saludó con cierta fanfarrona cortésia y como hombre

que sabe que de todo acatamiento es digno, se sentó en uno de los bancos más próximos al hogar.

Ninguno de nosotros dudó que aquel hombre era el temido bandido que con tanto empeño se perseguía, y lo cierto y verdad es que esta vez no fue Pepe Zayas el que palideció.

Yo sin embargo no tuve mucho tiempo paciencia y á la derecha y aprovechando el momento en que el dueño de la posada, venta ó lo que fuera salía hacia la cuadra á ordenar se diese de beber á nuestros caballos, me acerqué á él y para salir de dudas le pregunté si era verdad lo que recelábamos.

Una carcajada fue la primer respuesta que recibí, á la que no tardé en hacer coro yo mismo cuando el ventero me dijo que el que habíamos tomado por el famoso bandido no era sino el hijo de un título que nombró y que pasaba por ser uno de los más ricos de la comarca, y que por capricho unas veces, por captarse simpatías otras, ante la gente del bronce, usaba más el traje en que á la sazón le veíamos que no el que á su clase y rango correspondía.

Tranquilizarme y cruzar una idea por mi mente, todo fue uno.

Para llevarla á cabo me limité por el punto á encomendarle que de nada de aquello hablara á mis amigos.

IV.

El pensamiento que á mi me pareció de perlas y que merecía la sanción de mis compañeros, fue seguir haciendo creer á Pepe Zayas, que el rico mayorazgo era el temido bandolero.

¡Poco nos íbamos á reír viéndole temblar, al no tener otro remedio que pasar la noche bajo el mismo techo del que él creía el terror de la comarca!

Y así fue; pero no todo el tiempo con que habíamos contado. A la media hora de estar recojidos en la habitación que para todos nosotros se había destinado, el mucho cansancio hizo, que el nada apacible rumor de nuestros ronquidos ahogara el castañeteo de dientes de nuestro pusilánime amigo.

El sueño si no puede con el miedo vence al más sazonado humor de burlas del mundo.

V.

—¿Qué diablos pasa?—pregunté de allí á unas dos horas despertándome sobresaltado, al oír la infernal batucada que llegaba á nuestro cuarto.

Y echando yesca para encenderme luz, vi que todas las camas estaban vacías.

Mis amigos presa del mismo sobresalto que yo se habían echado al suelo.

Todos estaban allí menos Pepe Zayas, y como al echarle de menos no hubo uno solo á quien no asaltara el mismo temor, en tropel nos lanzamos á la puerta. Pero no tuvimos necesidad de andar mucho. El que teníamos por prófugo, el pusilánime, el cobarde, el apocado Pepe Zayas que indudablemente venía á buscarnos nos salió al encuentro. Su rostro estaba más pálido que nunca, con negra extrañeza vi-

mos en su mano el reluciente trabuco del supuesto bandido.



Antes de que tuviéramos tiempo de interrogarle nos dijo, con voz cortada pero segura:

—Lo que no se ha atrevido nadie á hacer lo he hecho yo solo.

El terrible facineroso, en que nadie ha osado poner mano, maniatado por mí, está ya en poder de los soldados que acaba de ser alojados en la venta.

—Majadero! grité al oírle. La única vez que te ha ocurrido ser valiente ha sido para hacer una tontería.

—¿Que dices? preguntó temblando otra vez como un azogado.

—Que el que has sorprendido y entregado á la tropa es...

No pude acabar; el posadero, era el que esta vez entrando en la habitación con mucho más azoramiento que todos nosotros, me interrumpió poniéndose de rodillas ante mí y diciéndome con la mayor aflicción:

—¡Por la Virgen de la Consolación de Utrera, señorito, no me pierda V!

—¿Qué significa esto? le pregunté.



—Que si V. dice que le he engañado me tomarán por encubridor y lo menos del presidio no me libro.

Luego?

La explicación estaba de sobra.

El que Pepe Zayas con un arrojo y una osadía que él mismo no se ha explicado nunca, había capturado, no tenía nada que ver con el rico mayorazgo que á aquellas horas estaría durmiendo tranquilamente, á muchas leguas de allí.

El preso era real y positivamente el más temible de los bandidos de toda Andalucía.

ANGEL R. CHAVES.

26 de Octubre 93.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

Los franceses de París piensan organizar una fiesta para enviar á Santander lo que produzca.

Dios se lo pague.